

“NO SABER NI BUSCAR NADA MÁS”
ORIENTACIONES PARA INICIARSE EN EL ESTUDIO
DE LA BIBLIA
A LA LUZ DE UNA CARTA DE SAN JERÓNIMO

*Rafael Grassetti*¹

¿Cómo comenzar un estudio responsable de la Biblia? ¿De qué manera iniciarnos en una lectura a la vez crítica y espiritual? El *Epistolario* de san Jerónimo cuenta con una carta dedicada al santo presbítero Paulino de Nola, la número 53, que se ofrece como una guía introductoria para quienes desean iniciarse en el estudio de las Sagradas Escrituras. En el presente artículo realizamos un breve análisis de dicha carta. Es oportuno señalar, al respecto, que no pretendemos recordar todo lo que san Jerónimo expuso sobre las Sagradas Escrituras a lo largo de sus numerosos escritos, sino solamente considerar las principales enseñanzas contenidas en la mencionada *Carta 53*.

Ahora bien, en cuanto a su estructura, dividimos el artículo en cuatro secciones, que van de lo general a lo particular. En primer lugar, desde una perspectiva panorámica, abordamos la totalidad de la producción literaria jeronimiana a fin de poder ubicar el *Epistolario* de san Jerónimo en el conjunto de su obra literaria (1). En segundo lugar, analizamos la presencia del tema bíblico en el *Epistolario*, procurando identificar las principales cartas de carácter escriturístico (2). Luego de esta contextualización, en tercer lugar, nos detenemos propiamente en el análisis de la *Carta 53* (3). Finalmente, incluimos unas palabras conclusivas que nos llevan del texto a la vida (4).

En otro orden de cosas, cabe mencionar que para la elaboración del presente artículo hemos utilizado la edición crítica del *Corpus scriptorum ecclesiasticorum*

latinorum (CSEL)², aunque para la cita de los textos hemos preferido servirnos de la traducción castellana realizada por Juan Bautista Valero³.

1. La producción literaria de san Jerónimo: una obra centrada en la Biblia

Si para la totalidad de los santos Padres la Palabra de Dios fue un elemento esencial para la vida de la fe y la predicación cristiana, para san Jerónimo lo fue de un modo absolutamente especial. Al decir del Papa Benedicto XVI, san Jerónimo “puso la Biblia en el centro de su vida: la tradujo al latín, la comentó en sus obras, y sobre todo se esforzó por vivirla concretamente en su larga existencia terrena”⁴. En efecto, durante toda su vida⁵, san Jerónimo no buscó sino conocer cada vez más profundamente el inagotable tesoro de las Sagradas Escrituras; esa fue la razón que lo llevó, por ejemplo, a dedicarse incansablemente al estudio de las lenguas bíblicas, particularmente el hebreo. Y tal fue su aplicación en el estudio de la Biblia que llegó a convertirse en un auténtico “exegeta”. La Iglesia, de hecho, reconociendo su ciencia y doctrina, lo llama “doctor eminente en la interpretación de las Sagradas Escrituras”⁶.

La producción literaria de san Jerónimo es muy extensa: comprende traducciones y comentarios bíblicos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, obras de erudición, traducciones de obras polémicas, obras monásticas y una vasta

2 CSEL (= *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*) LIV (1996), Hieronymus, *Epistolarum*. Pars I. Epistulae I-LXX. Edidit Isidorus Hilberg. Editio altera supplementis aucta Vindobonae. Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften.

3 SAN JERÓNIMO, *Epistolario* I, Madrid, BAC, 1993 (edición bilingüe a cargo de J. B. Valero).

4 BENEDICTO XVI, *Catequesis sobre san Jerónimo*, Audiencia general del 7 de noviembre de 2007, en: *L'Osservatore Romano* (2007) 45.

5 *Eusebius Hieronymus* nació en Estridón (Dalmacia) hacia el año 347, aunque algunos estudiosos adelantan su nacimiento al año 331; murió el año 419. Para ampliar el tema biográfico puede consultarse: F. MORENO, *San Jerónimo. La espiritualidad del desierto*, Madrid, BAC, 2007².

6 Cf. BENEDICTO XV, *Carta encíclica «Spiritus paraclitus», en el XV centenario de la muerte de san Jerónimo*, AAS 12 (1920) 385-422 (Edición bilingüe latín-castellano: *Enquiridion bíblico. Documentos de la Iglesia sobre la Sagrada Escritura*, Madrid, BAC, 2010, 410-487).

correspondencia⁷. Siguiendo el orden de un reconocido manual de Patrología⁸, la producción literaria jeronimiana puede clasificarse de la siguiente manera:

- a) Traducciones: bíblicas, de instrumentos de trabajo, de Orígenes y Dídimo, de compilaciones polémicas, de textos pacomianos en lengua copta.
- b) Comentarios bíblicos.
- c) Homilías.
- d) Hagiografías.
- e) Obras polémicas.
- f) Epistolario.

Lo hasta aquí dicho basta para darnos cuenta de que la Biblia, si bien no agota la temática literaria del Estridonense, ocupa el lugar central de su amplia producción. De esta manera, pues, queda definido el contexto literario en el que hemos de ubicar y entender su obra epistolar. Ahora bien, acerca del valor que san Jerónimo concede a las Sagradas Escrituras en su *Epistolario* nos ocuparemos en el siguiente apartado.

2. El Epistolario de san Jerónimo y la temática bíblica

El *Epistolario* de san Jerónimo consta de un total de 154 cartas, aunque 34 de las mismas no son de su autoría, puesto que o bien están dirigidas a él, o bien son traducciones realizadas por él⁹. Su correspondencia abarca los años 374 a 419.

7 La Editorial *Biblioteca de Autores Cristianos* ha llevado adelante, durante los años 1999-2013, la publicación de las *Obras Completas* de San Jerónimo en edición bilingüe. Dicha publicación, promovida por la orden de San Jerónimo, ha sido realizada en 14 volúmenes.

8 Cf. A. DI BERARDINO (dir.), *Patrología III: La edad de oro de la literatura patristica latina*, Madrid, BAC, 1993, 257-284.

9 El *género epistolar* no es original de los Padres de la Iglesia y ha sido utilizado por todo tipo de escritores eclesiásticos. Aunque ningún Padre teorizó sobre epistolografía, el uso fue haciendo sus propias normas. En la antigüedad, se solía distinguir entre correspondencia “pública” y “privada”. La *littera* o carta privada era de tono personal y estaba destinada a ser un simple medio de comunicación; la *epistula* o carta pública, en cambio, perseguía fines literarios y era redactada con el fin de ser publicada, ya sea total o parcialmente. Los santos Padres desarrollaron el género epistolar para tratar temas teológicos, litúrgicos, asuntos legales o respuestas a diversas cuestiones. La epistolografía cristiana se desarrolló, especialmente, durante los siglos III y IV. Durante este período sobresalen los epistolarios de

Entre las cartas más conocidas y los temas más relevantes se cuentan: *a)* las cartas a Eustoquia (22) y a Demetria (130) sobre la virginidad consagrada; *b)* una carta a Salvina (79) sobre la viudez; *c)* las cartas al monje Heliodoro (14), al presbítero Paulino (58) y a Rústico (122) sobre la vida monacal; *d)* una carta al joven presbítero Nepociano (52) sobre la vida clerical; *e)* y las cartas a Leta (107) y a Pacátula (128) sobre la educación cristiana de los hijos¹⁰.

Entre las cartas, además, hay breves tratados de argumento exegético o de contenido bíblico, como es el caso de la *Carta 53*. En efecto, no solo en sus comentarios y traducciones se contiene cuanto san Jerónimo expuso sobre las Sagradas Escrituras; también algunas cartas están enteramente dedicadas a temas escriturísticos.

Así, pues, entre las cartas de exclusivo contenido bíblico hay que mencionar las epístolas 18 *a* y *b*, 20, 21, 25, 26, 28, 29, 30, 34, 36, 53, 55, 59, 64, 65, 72, 73, 74, 78, 106, 112, 119, 120, 121, 129 y 140. A fuerza de simplicidad, pero a fin de percibir rápidamente la amplitud de temas tratados por san Jerónimo en estas cartas, podemos organizar dicho material epistolar de la siguiente manera:

- a)* Cartas destinadas a explicar palabras hebreas, a saber: “*Hosanna*” (20), diez nombres con que Dios es designado entre los hebreos (25), las palabras litúrgicas “*aleluya*”, “*amén*” y “*maran atha*” (26), “*sela*” (28), “*ephod*” y “*teraphim*” (29), sobre el sentido místico del alefato (30).
- b)* Cartas que contienen explicaciones exegéticas: sobre los salmos 126 (34), 44 (65) y 89 (140), sobre algunas variantes en las traducciones griega y latina del salterio (106), sobre la parábola del hijo pródigo (21), sobre *ICo* 15,51 (119).
- c)* Cartas que constituyen pequeños tratados: sobre los serafines de *Is* 6,1-9 (18 *a* y *b*), sobre el estudio de la Sagrada Escritura (53), sobre las etapas de los hijos de Israel por el desierto (78), sobre la tierra prometida (129).
- d)* Cartas destinadas a responder diversas cuestiones: sobre el sentido alegórico de las vestiduras sacerdotales (64), sobre la paternidad precoz de Salomón y Acáz (72), sobre Melquisedec (73), sobre

los Padres Capadocios, Juan Crisóstomo, Ambrosio, Jerónimo y Agustín (cf. E. MORALES, *Introducción a la Patrología. Un estudio desde los géneros literarios*, Buenos Aires, San Benito, 2008, 117-118; M. P. CICCARESE, “Cartas, Epístolas”, en: A. DI BERARDINO [dir.], *Diccionario Patristico y de la Antigüedad Cristiana I*, Salamanca, Sigueme, 1998, 377-378).

10 Cf. A. DI BERARDINO, *Patrología III*, 283-284.

el juicio de Salomón (74), sobre la reprensión de Pablo a Pedro en Gálatas (112), sobre otras cuestiones del Antiguo y Nuevo Testamento (36, 55, 59, 120 y 121).

De entre estas cartas de contenido bíblico, merecen una mención especial las Cartas 18 a y b, escritas entre los años 380-381 y dirigidas ambas al papa san Dámaso, porque, junto con el primer comentario al profeta Abdías –texto perdido–, constituyen las primicias de la exégesis jeronimiana¹¹.

3. La *Carta 53*: orientaciones para leer la Biblia

Después de haber expuesto sucintamente el contexto literario en el cual se inserta el *Epistolario* y el tratamiento formal de algunas cuestiones bíblicas en las cartas, corresponde ahora el análisis de la *Carta 53*. En primer lugar, realizamos unas consideraciones generales sobre el tema, destinatario, motivo de la carta, lugar de procedencia y datación (3.1); en segundo lugar, analizamos su contenido bíblico (3.2).

3.1 Consideraciones generales

La *Carta 53* se presenta como una orientación práctico-espiritual para quien desea iniciarse en el estudio de la Biblia. A diferencia de otras cartas del *Epistolario*, como acabamos de ver, dicha epístola no trata una cuestión exegética puntual, sino que aborda la cuestión bíblica desde una perspectiva general, insistiendo sobre todo en la importancia del estudio de las Sagradas Escrituras.

La *Carta 53* está dirigida al presbítero Paulino, el mismo que, algunos años más tarde, será elegido obispo de Nola. Esta es la primera vez que Jerónimo escribe a Paulino. Volverá a hacerlo en dos oportunidades: en el año 395, con la *Carta 58*, en la que le exhorta a renunciar totalmente a los bienes, y, en el año 399, con la *Carta 85*, en la que le responde brevemente a dos pequeñas cuestiones.

Según hace constar san Jerónimo al comienzo de la misiva, el motivo de la epístola es responder a una carta que Paulino le ha enviado desde Barcelona con el

11 Cf. A. GARCÍA MORENO, *La Neovulgata. Precedentes y actualidad*, Pamplona, Eunsa, 1986, 72.

pretexto de recomendar a un tal Ambrosio, aunque la verdadera intención de Paulino era la de enriquecerse espiritualmente en intercambio epistolar con Jerónimo.

Finalmente, en cuanto a cuestiones generales, resta decir que la *Carta 53* data del año 394 y fue redactada en Belén, y que, según el parecer de J. B. Valero, “representa la época de la madurez de Jerónimo en su actividad epistolar”¹².

3.2 Contenido bíblico de la *Epístola*

La *Carta 53* recomienda vivamente el estudio de las Sagradas Escrituras. Sin embargo, su contenido no es puramente parenético. En efecto, la carta también desarrolla temas de orden teórico como, por ejemplo, el contenido de los libros sagrados, las dificultades con las que se encuentra quien se inicia en el estudio de la Biblia, el problema del uso tendencioso de la Escritura, entre otros. Consideremos seguidamente cada uno de los temas.

En primer lugar, cabe apuntar que, en cuanto al contenido de las Sagradas Escrituras, sobresalen los párrafos 8 y 9 que exponen el elenco de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento respectivamente, a la vez que describen brevemente cada uno de los mismos. Con todo, esta sección –la más teórica de la carta– no pretende hacer una síntesis de la Biblia, sino tan solo subrayar algunos temas y aspectos sobresalientes de los libros sagrados. En efecto, el principal objetivo de san Jerónimo al respecto es que su destinatario –y todo lector de su carta– tome conciencia acerca de “*lo que debemos conocer, lo que debemos desear*”¹³. La descripción del libro del Génesis nos puede servir de ejemplo: “*Es sabido que el Génesis es un libro sencillísimo que trata de la creación del mundo, del origen del género humano, de la división de la tierra, de la confusión de las lenguas y de la marcha del pueblo hebreo a Egipto*”¹⁴. Así, pues, la descripción de cada libro es como una tenue pincelada que contribuye a delinear un retrato de la Biblia.

En los párrafos 8 y 9, y en relación al tema anterior, se destacan también aspectos literarios de los libros. Por ejemplo, del libro de Job se afirma que “*empieza en prosa, prosigue en verso y termina nuevamente en prosa, y fija las reglas de toda dialéctica en el modo de utilizar la proposición, la inducción,*

12 J. B. VALERO, *Introducción*, en: San Jerónimo, *Epistolario I*, Madrid, BAC, 1993, 60.

13 CSEL LIV 53,9.

14 *Ibid.* 53,8.

la confirmación y la conclusión”¹⁵. De esta manera, el eminente Doctor hace ver que no solo es importante conocer el contenido de los libros –qué dicen–, sino que, además, es necesario percibir la riqueza y variedad de sus formas literarias, puesto que el conocimiento de los procedimientos literarios utilizados también contribuye a una comprensión más plena de la palabra de Dios.

No obstante, en alguna oportunidad, san Jerónimo prefiere permanecer en silencio, tanto en lo que se refiere al contenido como a la forma literaria de los libros, a fin de poner de relieve que, muchas veces, la magnitud de los textos bíblicos excede cualquier exposición: “*Sobre él [el apóstol Pablo] pienso que es mejor callar que decir poco*”¹⁶.

Acerca de cómo proceder en el estudio de la Biblia, san Jerónimo ofrece una visión equilibrada. Por una parte, sabiendo que el estudio de la Biblia no es tarea fácil, señala la necesidad de contar con un maestro que ayude al principiante a ingresar en el camino de la Biblia: “*He resumido todo esto brevemente –la estrechura epistolar no permite extenderse más ampliamente– para hacerte ver que no podrás entrar en las Escrituras santas sin un guía que vaya por delante mostrándote el camino*”¹⁷.

Pero, por otro lado, señala también que el pleno conocimiento de las Escrituras solo se alcanza con el auxilio de Dios. Es el Espíritu Santo, en efecto, quien inspira el sentido verdaderamente espiritual y profundo de las Sagradas Escrituras. Así lo declara san Jerónimo al recordar el caso de los apóstoles Pedro y Juan: «*Y es que lo que a otros suelen conceder la ascesis y la meditación diaria de la ley, a ellos [Pedro y Juan] se lo inspiraba el Espíritu Santo, y eran, como está escrito, “teodidactas”*»¹⁸. Es importante subrayar al respecto la expresión griega *theodíaktos*, que está tomada de *1 Ts* 4,9, y cuyo significado es “instruido por Dios”¹⁹. En efecto, en lo que se refiere al estudio de la Biblia, sin negar la conveniencia de un maestro humano, san Jerónimo no deja de colocar el acento sobre la “enseñanza» (*didáskō*) que realiza “Dios” (*theós*), puesto que sin la

15 *Ibid.* 53,8.

16 *Ibid.* 53,10.

17 *Ibid.* 53,6.

18 *Ibid.* 53,3.

19 «*Ustedes han sido “instruidos por Dios” (theodíaktōi) en el amor de unos a otros*» (*1 Ts* 4,9; cf. *1 Co* 2,13).

asistencia del “Maestro interior” resulta imposible progresar en el verdadero conocimiento de las palabras divinas.

En la *Carta 58* san Jerónimo vuelve sobre esta idea cuando, finalizando la carta, escribe a Paulino por qué senda ha de progresar en el conocimiento de las Sagradas Escrituras: «Si lo que está escrito no nos lo abre la mano de quien “*tiene la llave de David, del que abre y nadie cierra, cierra y nadie abre*”, ningún otro podrá abrírnoslo»²⁰.

Consideremos a continuación la cuestión referida a la importancia del estudio de la Biblia. A la hora de tratar este asunto san Jerónimo recuerda los consejos de san Pablo a sus discípulos Timoteo y Tito. Al respecto, escribe: “A Timoteo, que se había formado desde su infancia en las letras sagradas, [san Pablo] le da instrucciones y le exhorta al estudio de la Escritura”. Y luego añade: “A Tito le manda que, entre las virtudes que ha de tener el obispo, al que describe en breves palabras, cultive de manera especial la ciencia de las Escrituras”²¹. Recomendación semejante dirige san Jerónimo al propio Paulino en la *Epístola 58*, a quien, entre los numerosos consejos que le da sobre la vida del solitario, incluye también el de ser asiduo lector de las Escrituras: “Ten siempre a mano la lectura sagrada”²².

Ahora bien, ¿cuál es el fundamento de estos consejos? O, en otras palabras, ¿por qué es necesario estudiar las Sagradas Escrituras? San Jerónimo insiste en la necesidad de conocer las Escrituras porque la ciencia de Dios no solo aprovecha al que la posee sino que también edifica a otros. Así, pues, haciendo uso de la vía negativa, afirma que “la santa rusticidad no aprovecha más que a sí misma, y si por una parte con su vida meritoria edifica a la Iglesia de Cristo, por otra la daña al no ser capaz de resistir a los que la destruyen”²³. En efecto, el conocimiento de las Escrituras es útil para el bien espiritual de otras personas, a la vez que sirve también de instrumento de defensa –carácter apologético– contra quienes atentan contra la fe de la Iglesia.

Desde un punto de vista positivo, en cambio, san Jerónimo alienta el estudio de la Biblia argumentando que la lectura, meditación y conocimiento de las Escrituras adelantan en la tierra la vida del cielo: “Yo te pregunto, hermano

20 *Ibíd.* 58,9.

21 *Ibíd.* 53,3.

22 *Ibíd.* 58,6.

23 *Ibíd.* 53,3.

amadísimo, vivir entre estas cosas, meditarlas, no saber ni buscar nada más, ¿no te parece que es tener ya aquí en la tierra una morada del reino celeste?”. Y más adelante continúa diciendo: “No soy tan ligero ni tan insensato que pretenda conocerlo todo y estar recogiendo en la tierra frutos de árboles que tienen sus raíces hincadas en el cielo, pero confieso ser este mi deseo, y en ello pongo mi esfuerzo”²⁴. Estas bellas y sentidas palabras de san Jerónimo nos ayudan a percibir el alcance del último escalón de la *lectio divina* denominado “contemplación”. La *contemplatio*, en efecto, introduce al lector orante en el Santuario mismo de Dios y, en consecuencia, produce en él un gozo que invade totalmente su corazón cuando pregusta en la tierra las realidades celestiales.

Antes de pasar a un nuevo punto subrayemos dos ideas. “No saber ni buscar nada más”: La Palabra de Dios es exigente, implica una cierta exclusividad de la mente y del corazón, y su lectura se convierte poco a poco en una ocupación absorbente que abarca y compromete toda la vida. “Confieso ser este mi deseo, y en ello pongo mi esfuerzo”: La Palabra de Dios trasciende nuestras aspiraciones más profundas, pero no por ello impide que, a pesar de nuestras frágiles fuerzas humanas, nos entreguemos de lleno a trabajar por esos frutos divinos.

En cuanto a las dificultades con las que podría encontrarse quien se inicia en el estudio de las Escrituras san Jerónimo advierte, por un lado, sobre la simplicidad de los libros bíblicos, y, por otro, sobre la rudeza de su lenguaje: “No quisiera que en las Sagradas Escrituras te ofendiese la simplicidad y casi vulgaridad del lenguaje. Se presentan así, o bien por la ineptitud de los traductores, o aun puede ser que a propósito, para que sirvan de instrucción a un auditorio popular, de forma que en una misma sentencia el sabio oiga una cosa y el ignorante otra”²⁵. Al reparar en estas observaciones no debemos olvidar la excelente formación académica de san Jerónimo y su amplia cultura literaria, que en más de una oportunidad le llevan a valorar los textos bíblicos como literariamente inferiores a los de la producción clásica.

En continuidad con lo anterior, el Estridonense advierte también sobre el uso de las Escrituras como *dicta probanda*, esto es, hacer decir a la Biblia lo que ella no dice, sino lo que uno quiere que diga. En efecto, algunos –escribe san Jerónimo– “se imaginan que es ley de Dios todo lo que dicen; ni siquiera se dignan averiguar qué pensaron los profetas y los apóstoles, sino que acomodan

24 *Ibid.* 53,10.

25 *Ibid.* 53,10.

textos inconexos a lo que ellos piensan, como si torcer las sentencias e identificar la Sagrada Escritura con el propio capricho fuera un método magnífico y no una adulteración”²⁶. Todas sus orientaciones en el estudio de las Sagradas Escrituras, en fin, procuran prevenirnos de este gravísimo error, aunque sea cometido involuntariamente.

Concluamos este párrafo con una breve referencia a la lectura cristológica de la Biblia. Las Sagradas Escrituras, de principio a fin, nos hablan de Cristo. Es a Él a quien hemos de buscar ardientemente, y no solo en el Segundo Testamento, sino también en el Primero. No faltan, al respecto, ejemplos con los que san Jerónimo estimule nuestra inteligencia: Josué es “figura del Señor no solo en las hazañas, sino también en el nombre”, Jonás “prefigura con su naufragio la pasión del Señor”, y Habacuc, por su parte, nos invita a “contemplar a Cristo en la cruz”²⁷. En definitiva, el estudio de las Sagradas Escrituras, mediante la lectura frecuente y una investigación diligente acompañada de la oración, conforme recomienda la Constitución *Dei Verbum*²⁸, no pretende sino “aprender el sublime conocimiento de Jesucristo”²⁹.

4. Del texto a la vida

Las orientaciones ofrecidas por san Jerónimo a san Paulino de Nola en la carta que acabamos de analizar, no podemos reducirlas a una serie de principios puramente teóricos o a una suma de consejos doctrinales. Esta correspondencia, a la vez que nos ayuda a iniciarnos de un modo provechoso en el camino de la investigación bíblica, nos invita también a dejarnos transformar totalmente por la Palabra de Dios. En efecto, si por una parte no debemos reducir el deseo de conocer cada vez mejor la Sagrada Escritura a un mero juicio de valor –¡La Biblia es algo importante!–, por otra parte, tampoco debemos entender el estudio de la Biblia como un ejercicio puramente intelectual.

La *Carta 53* nos renueva, por tanto, en la conciencia de que la Biblia es mucho más que una literatura, incluso sagrada. ¡Es *Verbum Dei*! Es la Palabra de

26 *Ibid.* 53,7.

27 *Ibid.* 53,8.

28 Cf. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática Dei Verbum* (1965) 25.

29 Cf. *Flp* 3,8.

Dios que trascendiendo el paso de los siglos y cruzando las fronteras de las culturas no cesa de venir al encuentro de los hombres. Es verdad que se trata de palabras de Dios en lenguaje humano –¡El misterio de la condescendencia divina!–, lenguaje que es necesario desentrañar para comprender plenamente el mensaje salvífico que transporta. Pero la Palabra de Dios va más allá... Busca, hierde, interpela... Busca transformar al hombre, hierde el corazón hasta lo más íntimo, reclama siempre una respuesta... De allí que nuestro estudio deba convertirse no solo en iluminación de la inteligencia, sino también en apertura del corazón. De allí que nuestro estudio deba necesariamente prolongarse en nuestra vida. Sí, poner las palabras de Dios en el centro de nuestra vida: ¡Este es el principal objetivo del estudio de la Biblia! Dejarnos provocar a cada instante por la palabra divina y ser transformados por ella: ¡Esta es nuestra vocación! En definitiva, san Jerónimo nos invita a leer, meditar, estudiar, pero principalmente a vivir la Palabra... y esto con tan grande entusiasmo y de tal manera que “no sepamos ni busquemos nada más”.

Seminario Diocesano de Azul “Nuestra Señora del Rosario”

Ruta 3, km. 305,5

Azul - CP 7300 (Buenos Aires)

ARGENTINA